

«El cerco de Leningrado», dos mujeres en la utopía

ENRIQUE CENTENO

Título: «El cerco de Leningrado». **Autor:** José Sanchis Sinisterra. **Intérpretes:** Nuria Espert, María Jesús Valdés. **Música:** Jorge Valcárcel. **Escenografía y vestuario:** Toni Cortés. **Dirección:** Omar Grasso. **Teatro:** María Guerrero (Centro Dramático Nacional).

CALIFICACION: ★★☆☆

POCAS cosas como un teatro en ruinas pueden representar mejor el acabamiento de la cultura, del combate, de la asamblea de ciudadanos, del ansia de transformación. Por eso éste es, precisamente, el decorado que imagina Sanchis Sinisterra: sobre él va a mostrar las ambiciones inalcanzadas, las utopías no conseguidas, la batalla contra el parking subterráneo que pretende demoler el sueño, terminar con aquel local llamado, significativamente, «Teatro del Fantasma».

El autor ha elegido dos mujeres para su estremecedora metáfora. Son dos maduras actrices de antaño que hoy buscan, entre la carcoma y la vieja guardarropía, el secreto del tiempo pasado, la alternativa al presente. Como mujeres, representan la fuerza de voluntad, pero, al mismo tiempo, la inocencia, la ingenuidad: también la contradicción entre su condición femenina, de resabios tradicionales, y la inteligencia; amistad, pasión, memoria... todas esas cualidades de la mujer que Sanchis Sinisterra parece conocer muy bien y que le sirven a la perfección para su gran parábola.

Al principio parece, como tantas obras del autor, un homenaje al propio arte escénico: las dos actri-

ces que buscan un libreto, que recuerdan al amante común —legal de una, clandestino de la otra— que fue el alma de la desaparecida compañía. Después se agranda la visión para repasar las ilusiones perdidas de una generación que no pudo transformar su propia realidad y prefirió incorporarse de un modo canalla en la estructura actual. Para mostrar todo ello, ni el autor ni sus personajes necesitan ir mucho más lejos de las propias candilejas: la historia misma del teatro, del público que a él ha venido asistiendo o de sus temas, se presenta como fiel reflejo de cada momento, de cada combate, de cada inquietud.

Batallar hasta el final

La acción real del drama coincide con la caída del Este y la obstrusa y chata interpretación que de ella se ha hecho, pero el libreto que ellas buscan se titula, precisamente, «El cerco de Leningrado». Su hallazgo provocará, casi al final, una mayúscula sorpresa que además servirá para descifrar el misterio «argumental» de estas dos rivales y entrañables amigas.

A pesar de las contradicciones halladas, incluso las que existen entre ellas mismas —una de corte aburguesado, la otra de dogmáticas creencias— una y otra tiran mutuamente de sus utopías, que es al fin y al cabo lo único capaz de mover el mundo. Y así, con un vestuario de guardarropía, disfrazada del mayor utópico de nuestra ficción, Don Quijote, sale una de ellas abrazada a la amiga —Sancho— y a una bandera roja también de guardarropía para hacer entre las dos una «manifestación» contra el dislate socialdemócrata. En su mutis final está

la esperanzada rebelión a la que el autor llama.

Para semejante invención son necesarios muchos talentos que apoyen la magistral escritura. Hace Omar Grasso un ejercicio de dirección de formidable sensibilidad e inteligencia, desentrañando el texto con las pausas y movimientos precisos, ayudando a las actrices en el difícilísimo reto. El privilegio del director es también contar con dos monstruos escénicos. Va rejuveneciendo Nuria Espert a medida que su personaje va creyendo cada vez más en la utopía, muestra con enternecedor sentimiento su ingenuidad valiente, enternece minuto a minuto con su infantil condición de mujer sin edad. Frente a ella, junto con ella, vemos por fin a María Jesús Valdés, de quien nos contaban su insólito talento antes de que se retirara de la escena, hace veinticinco años, pero que tuvo la desdicha de reaparecer hace un par de temporadas de la mano del productor Seoane y su director fijo en desgraciados y mamporreros incidentes teatrales de autores apolillados. Es la Valdés una actriz de talento impresionante, de matices sorprendentes, de una enorme capacidad para pasar de la ironía al dramatismo, del naturalismo a la premeditada sobreactuación, con una capacidad de comunicación entrañable. Ella y la Espert hacen un recital memorable en el que además hay una lectura cómplice de ambas sobre sus respectivos personajes.

El público del estreno no parecía querer moverse, puesto en pie y gritando interminables bravos. Los agoreros autores y empresarios de la peseta («el teatro está agonizando») se fueron a cantar tangos.